

CAPÍTULO XL

EL ASALTO DE CÁDIZ.—MIGUEL DE CERVANTES, VOZ DEL
PUEBLO.—¡A LA CARCELI

El décimo conde de Niebla y séptimo duque de Medina Sidonia, D. Alonso Perez de Guzmán el Bueno, era, según se ha visto en capítulo anterior, un caballero de los que pintan la época en que las lanzas se vuelven cañas: pequeño de cuerpo, grande hombre á la gineta y á la brida, famoso acosador de reses bravas, cazador infatigable, muy amigo de lo suyo y el señor más rico de todo el reino. Torpe en el consejo, tardo en la decisión y en la ejecución cobarde, fué quizá el primer tipo de cortesano insustancial y pernicioso por su codicia y su escaso valor que en corte española se conociera desde muchos años antes. Redimía estos defectos con la elegancia de la actitud, fruto de la sangre rica heredada. Muy bien le pertenecen y le caen aquellos artificiosos versos en que D. Luis de Góngora pinta al conde de Niebla apartándose un momento de la caza y acogiéndose á la paz y sosiego pastoral, con la poesía bucólica solazado.

Templado pula en la maestra mano
el generoso pájaro su pluma
ó tan mudo en la alcándara que en vano
aun desmentir el cascabel presume.
Tascando, haga el freno de oro cano
del caballo andaluz la ociosa espuma,
gima el lebre en el cordón de seda
y al cuerno en fin la cítara suceda...

Como en estos versos, cuya afectación y rebuscamiento templa

é indemniza su elegancia y en los cuales hay frases acabadas é insuperables para comunicar una sensación:

tascando haga el freno de oro cano
del caballo andaluz la ociosa espuma...
gima el lebre en el cordón de seda...

junto á otras prosaicas y retorcidas

aun desmentir el cascabel presume...

iba sucediendo en la sociedad española durante los últimos años de Felipe II. Ya hemos notado que de la corte habían desaparecido los hombres de guerra, sin que los hubieran sustituido los hombres de pensamiento. Quedaban, en cambio, imperantes en ella, los hombres de intriga y de cálculo, como D. Cristóbal de Moura y Mateo Vázquez.

El poder despótico de Felipe II fué la primera muestra de lo que en adelante habían de ser los grandes políticos y gobernantes españoles: hombres de personalidad tan absorbente y egoista, que no consentían á su lado otras inteligencias colaboradoras con la suya. Felipe II amó siempre á los hombres medianos y oscuros: siempre creyó que la grandeza de su pensamiento llevaba en sí la eficacia de la ejecución, aun cuando se confiase ésta á manos débiles ó inexpertas.

Por eso, y quizá por otras razones sentimentales que, cual venidas en el vientecillo de la murmuración, no son para desechadas por los historiadores cuidadosos, había confiado á don Alonso Pérez de Guzmán la capitanía general del Oceano y de la costa de Andalucía, y se la había conservado aun después del desastre de la Invencible, del cual no tuvo toda la culpa, sí gran parte de ella el duque de Medina Sidonia. Era además este magnate impopular en Andalucía y aun en toda España, pues ya se ha dicho que á su vuelta del desastre, fué denostado, infamado y hasta apedreado por muchachos y estudiantes en Medina del Campo y en Salamanca. Achaque es también del poder absoluto español proteger y halagar á los impopulares. Aquí el hombre inteligente llegado á la cumbre, no sólo quiere imponer su personalidad á cuantos le circundan, obscureciéndoles y achicándo-

les, sino que se complace y regodea en ponerse frente á la opinión común, arrostrándola gustoso. Esto que hoy suele llamarse gallardía y de lo cual hay tantos ejemplos recientes, lo han heredado nuestros políticos del modelo y arquetipo que casi todos ellos siguen, muchos sin saberlo, sino por ley de herencia: de Felipe II.

Entonces, como ahora, se sabía de sobra y al menudo en Inglaterra cuanto estaba ocurriendo en España y singularmente en la costa andaluza, que siempre ha interesado sobremanera á los ingleses. Enterados se hallaban éstos, por experiencia, de la incapacidad del capitán general de la costa, como del escaso número y ningún poder de los barcos que en Cádiz, Málaga y Algeciras tenía España diseminados. La ocasión era única para un golpe de mano audaz y los ingleses le intentaron y le dieron rápidamente, felizmente.

Una escuadra á cuyo mando venía, como para una función de teatro ó de salón, el favorito de la Reina Isabel, aquel desgraciado alfeñique del conde de Essex, entró en la bahía de Cádiz, atacó á los cuatro barcos viejos y desarmados que en ella había, hundió á sus tripulaciones, se apoderó de la ciudad, hizo prisioneros, saqueó riquezas, cometió tropelías, procedió como cuadrilla de bandidos en campo sin guarda. Fué aquello una repetición, en chico, del saco de Roma por las tropas del César español. Intentaron los gaditanos hacer la posible resistencia, reuniéndose por gremios y clases en compañías formadas repentinamente, y entre las cuales había una de frailes franciscanos y otra de agustinos. Pasó esto desde el 29 de Junio hasta el 16 de Julio de 1596.

Las noticias del saqueo de Cádiz corrieron por toda Andalucía, supiéronse al punto en Sevilla. Preguntaban todos los ciudadanos qué iba á hacer ó qué hacía el capitán general de la mar y una oleada de picaresco humorismo corrió Guadalquivir arriba. El duque de Medina Sidonia estaba en las almadrabas de Zahara, atento al cuidado de los atunes, cuya pesca era la más pingüe y saneada renta de su casa. Poco le importaba que Cádiz se perdiese ó se ganase, con tal que la pesquería fuese abundante y provechosa. ¿No recuerdas, lector, historias análogas de muelles aban-

donados y no destruídos en los que pudo muy á su gusto desembarcar una escuadra semejante á la de Essex, por no querer perder sus ganancias quien los poseía? La épica se ha acabado ya, comenzaba á acabarse en tiempo del duque de Medina Sidonia, pero la picaresca es eterna, la llevamos en la masa de la sangre y los Medinas Sidonias se van sucediendo y todos se parecen.

En la primera quincena de Julio llegaban todos los días á Sevilla pelotones de aterrorizados y temblorosos vecinos de Cádiz, fugitivos del saqueo. Todos preguntaban con el ansia de quien se ve despojado, qué había hecho para acudir al peligro el duque de Medina Sidonia: todos recibieron la misma respuesta. El duque seguía en las almadrabas, haciendo preparativos ó para recoger más atunes ó para organizar la defensa.

Miguel, que al suceso estuvo presente, como desocupado, y atento á todos los rumores de la ciudad, sintió entonces el más grande y homérico pujo de risa que en su vida le acometiera. ¿Qué había de hacer un héroe del pasado viendo cómo se derrumbó en pocos años no ya sólo el poderío naval de España, siempre un poco eventual y falto de solidez, sino hasta la pasada leyenda, que en realidad no era sino historia por él con sus propios ojos vista y con sus propias manos palpada y sellada con su propia sangre, del tino, sagacidad, prontitud y resolución de los capitanes españoles, á quienes él había conocido en Lepanto, en la Goleta, en la Tercera? Parecía que al morir Don Alvaro de Bazán se había llevado consigo no ya sólo la pericia en el dirigir, pero hasta la calma, la serenidad, aquel sosiego en el esperar los acontecimientos y en el remediarlos que, cuando no lo dicte la inteligencia, la dignidad y el propio orgullo lo imponen al varón entero.

Contra el duque de Medina Sidonia se dirigían juntamente las sátiras y burlas de poetas y pueblo, pero acaso pensaba Cervantes con razón; y pensamos hoy que, en aquel tragicómico trance, no fué sólo el duque quien faltó. Faltaron todos; no hubo un hombre solo que supiera afrontar las circunstancias, ponerse al frente de las fuerzas, intentar una defensiva seria y regular. Como después ha ocurrido en mil ocasiones semejantes, patrio-

tismo y desinterés hubo, pero locos, desatentados, inciertos, faltos de unidad.

¿Para qué había de servir en un caso de guerra y de ejecución súbita, una compañía de frailes franciscanos? ¿No eran algo que hacía presentir cuanto vino después, algo zarzuelesco, algo que sólo carcajadas merece y que puede copiarse como primer rasgo de una decadencia, los dos pelotones de franciscanos el uno, de agustinos el otro, con sus picas y sus mosquetes al hombro? Merecía ya el *Quijote* un pueblo que para defender su mejor plaza marítima no disponía sino de unos cuantos hombres dedicados al servicio de Dios. La política personal, que nació bajo las cúpulas de San Lorenzo, ya comenzaba á dar sus resultados.

Para que todo fuera ó pareciese motivo de chanzas, vino á Sevilla un desaforado capitán, que respondía por el nombre alisonante de Marco Antonio Becerra. ¿A qué? A hacer el primer ensayo de aquella costosa y sangrienta é inútil zarzuela de la Milicia Nacional, que tantos sacrificios infecundos y tanto estéril entusiasmo despertó siglos después. Quiso el duque ó quien le aconsejara que la ciudad se aprestase á defenderse, como ya lo había hecho Cádiz y, sin moverse él de sus almadrabas, dispuso la formación é instrucción de unas milicias que pronto se formaron y se instruyeron bajo la dirección del tal Becerra.

No debió de ser gente maleante y desarrapada la que acudió á formar en las compañías de Becerra, sino más bien aquellos medio burgueses medio artesanos que ya entonces defendían tan bien las plazas de Flandes y que en el siglo XIX engrosaron los batallones de las Milicias Nacionales: gentes en quien el espíritu bélico surge en un instante de peligro, en el cual creen que van á luchar *pro aris et focis*, por defender la casa ó el comercio, la gruesa mujer y el blando sillón, sin perjuicio de que pasado el hervor primero, les quede ya el orgulleto y énfasis del uniforme y de las hazañas hechas ó soñadas. Lo cierto es que los milicianos del capitán Becerra debieron de organizarse poco más ó menos como las cofradías de Semana Santa y vestirse y arreararse con la vistosidad y lujo propios de tales corporaciones.

Función de teatro como aquella nunca se vió en Sevilla; ni las procesiones del Corpus, ni los autos de fe de Tablada, ni los ahorcados y azotados en la plaza de San Francisco, atrajeron jamás tanto concurso de gente ociosa y de chilladora muchachería como el deseo de ver á los soldados flamantes del Becerra hacer sus ejercicios en el prado de San Sebastián. La muchedumbre del barrio de la Carne, los *jiferos*, matarifes, desolladores y ayudantes y toda la chusma del Matadero y los *virotos* y *rufos* con sus *traínes* y sus *daias* que paría el barrio de San Bernardo, nunca tuvieron más grato solaz que el de oír los gritos estentóreos del capitán Becerra y ver los torpes movimientos de sus recién formadas tropas.

Bajaban por el gusto de poner motes á los muchos conocidos suyos que en las compañías formaron, las placentas del Salvador, las mulatas de la Pescadería, las regatonas de la Costanilla y de la Caza; aquello era la zumba y la diversión de todo un pueblo que comprendía cómo era llegado el tiempo de tomarlo todo á broma. La guasa y la chunga sevillana, la burla graciosa y despiadada por un momento, pero sin rencorosa hiel, comenzaban á penetrar en la conciencia del pueblo entristecido por los desastres y por las predicaciones de los hombres negros que por toda la nación tendían su red de ascetismo y de melancolía.

En aquellos quince días de ridiculez, el empaque y fanfarronería de Becerra y de otros capitanes y soldados viejos que vinieron á Sevilla á pavonearse como milites gloriosos, fueron objeto de graciosas burlas por los poetas sevillanos, desde el famoso Juan de la Cueva hasta el desconocido Alvarez de Soria; pero ninguno llegó en esto á Cervantes, ni á su soneto famoso, que por ser el primero donde amanece la percepción clara y la satírica reproducción de la ridiculez de los sucesos merece copiarse, aun siendo tan conocido. Dice así:

Vimos en julio otra Semana Santa
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman compañías
de quien el vulgo y no el inglés se espanta.
Hubo de plumas muchedumbre tanta

que en menos de catorce ó quince días
volaron sus pigmeos y Golías
y cayó su edificio por la planta.

Bramó el Becerro y púsolos en sarta,
tronó la tierra, escurecióse el cielo
amenazando una total ruína...

y al cabo en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el conde, sin ningún recelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.

Porque, en efecto, así sucedió. Los ingleses se marcharon de Cádiz el día 16 de Julio y muy luego entró en la ciudad el *Dios de los atunes*, como le llamaba en otro soneto más agrio que gracioso, el vate sevillano Juan Sáez de Zumeta. Pero ni éste, ni Cueva, ni Alvarez de Soria, podían reirse tan á su sabor de aquellos soldados imprevistos y de sus fanfarronas plumas, como Miguel, que había conocido á los soldados más valientes y verdaderos de su siglo. Ninguno de esos poetas había llegado ya á poseer, como este magnífico soneto acredita, el arte supremo que trueca en risa la indignación, sin malicia aparente, en el cual aventajó Cervantes á Rabelais y á Voltaire y á todos los ingenios del mundo y sólo, un poco de lejos, pero por el mismo camino, supieron seguirle, á pasos menudos y no como él á grandes trancos, el maestro Campoamor y tal vez el maestro Carlos Dickens.

Digno de atención es el hecho de que Cervantes se hallara entonces en trato con muchos buenos escritores de Sevilla, pero probablemente, no de los afortunados y dichosos, no de todos los altivos caballeros, ni de los finos y graves religiosos que retrató Francisco Pacheco en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, sino de algunos de ellos, precisamente, de los que pudieran sacarse del libro para formar el grupo de los amargados y de los *ratés*, grandes ingenios á quienes la suerte no favoreció como el divino Fernando de Herrera, como Juan Sáez de Zumeta, como Juan de la Cueva de Garoza y otros, que ni siquiera figuran en el libro ó por no haber sido amigos de Pacheco ó por no ser personas de tanta cuenta como las demás en él retratadas. No sabemos que Baltasar del Alcázar, ni Gutiérrez de Cetina, ni el maestro Mal-Lara, ni

esos grasientos frailes rollizos que tienden su mirada procerosa de entre montañas de carne salida, por las páginas del libro, ni esos otros teólogos que bajan la vista suavemente, como avergonzados de verse en ellas, tratara con gran estimación á Miguel. Sí consta, en cambio, que, dos años después, muchas personas cultas apreciaban y tenían en mucho á Cervantes, como atestigua el licenciado Collado en la *Historia de Sevilla*, al copiar unas *décimas* (quintillas dobles) de que después se hablará, aun cuando no recordaran su nombre sujetos tan vulgares como el cronista Francisco Ariño, quien al mencionar el soneto al túmulo de Felipe II, llama á Cervantes *un poeta fanfarrón* y al soneto *una otava*.

Parece casi seguro que el cobrador de alcabalas, no muy bien recibido entre los cuellienhiestos señorones del *Libro de los retratos*, halló acogida excelente con algunos de ellos y con otros escritores que en él no figuran, pero el soneto copiado, el del valentón de espátula y gregüesco,

que á la muerte mil veces sacrifica,

el otro que dice:

Maestro era de esgrima Campuzano...

y otros dos ó tres de asuntos fregoniles que no se han conservado, por desgracia, eran suficientes para la popularidad de un poeta, á la cual suelen contribuir más que los difusos poemas impresos, que nadie lee, estas cortas muestras de ingenio y de oportunidad que corren de boca en oído y que, por su misma redondez y perfección, todo el mundo aprende y acoge en la memoria.

El público pide siempre que le hagan reir con unas cuantas palabras ó frases breves, categóricas, precisas y de fácil recordación. Al público le gusta que una voz, por él comprensible, resume los acontecimientos que él presencié ó los que supuso y los sentimientos que en él despertaron. Por primera vez entonces, con motivo de los sucesos de Cádiz, se hacía Cervantes intérprete de lo que todos sentían y pensaban: su voz era la voz del pueblo

y por eso mismo quizás no le apreciasen ni olfatearan su genio ninguno de los señorones poetas como Gutierre de Cetina, Baltasar del Alcázar, el maestro Medina, etc., para quienes el público no existía, pues ¿qué tenía que hacer la masa, qué le importaban á la muchedumbre los *ojos claros, serenos* de la dama á quien amaba el uno, ni las dulces picardigüelas con que el otro entretenía y encelaba á su Inés, consumado maestro de eróticas triquiñuelas, ni siquiera las ya pesadísimas lamentaciones del divino Herrera por su tiempo mal perdido en los infaustos amores con su desdeñosa Luz?

Importa mucho fijarse en el concepto que de las letras se formaba entonces, para echar de ver la trascendencia que tiene el que dejando Miguel sus pasadas aprensiones y prescindiendo del uso y práctica de todos los literatos y poetas, llegara más tarde á conocer que él había de escribir para el público universal, sin que las pequeñeces y politiquerías de la literatura militante le perturbaran.

Desde que en 1596 compuso el soneto mencionado se vislumbra cómo se iba abriendo paso en su alma la persuasión, después revelada en cien pasajes del *Quijote*, de que no era ya la literatura un entretenimiento de caballeros ociosos, como lo había sido Garcilaso y lo eran muchos de los escritores y poetas á quienes retrató Pacheco, sino que el escritor desempeñaba un ministerio social y había de satisfacer los anhelos del público y buscarle y excitarle con lo que lograría él provecho en los tiempos presentes y fama en los futuros. Ya había cambiado ó, por lo menos, comenzaba á cambiar desde entonces en el ánimo de Cervantes, aquel concepto que exprimíamos no hace mucho: *tuve otras cosas en qué ocuparme*. Se colige de la escasa ó ninguna amargura que en esta corriente expresión se echa de ver, que no le hubiera parecido mal en 1596 y en los años siguientes seguir ocupado en otras cosas, si es que en efecto no lo estuvo, como puede inferirse por sus relaciones con el Proveedor Bernabé del Pedroso, según consta, pero ni hay documentos fehacientes que prueben esto, ni cabe dudar que ya se imponía á su espíritu la convicción de que el escribir constituía también *cosa en qué ocu-*

parse y no mero deporte ó entretenimiento, como para otros muchos autores lo era aún y acaso lo será siempre para los meramente líricos, cuyas intimidades, si lo son de veras, nunca lograrán conmover á un gran número de personas, y si lo consiguen, no serán tan íntimas, tan subjetivas como ellos mismos creen.

¿Cómo no hemos de pensar que en estos años fué en los que Cervantes ideó, planeó, abocetó y compuso comedias, entremeses, novelas ejemplares, la segunda parte de *La Galatea*, y fué fijando los puntos liminares del *Quijote*? Tan grande fué su preocupación en aquellos años y tan pocos sus recursos, que no llegó á presentarse en la corte, donde le reclamaban los nefastos é inoportunos señores del Consejo de Hacienda, para que liquidase las cuentas pendientes por las pasadas comisiones. Tantas fueron sus cavilaciones en este crítico momento de su vida, que debió de estar incomunicado ó á media correspondencia con su familia.

Entretanto, los gusanos del procedimiento seguían royendo, royendo en los papeles del comisario y exigiendo implacablemente responsabilidades y liquidaciones. El calaverón de Suarez Gasco, amenazado en su fianza por el asunto de las tercias, pedía ante jueces que Cervantes se presentase en Madrid á dar justificaciones y cuentas. En 6 de Septiembre de 1597, el Presidente y Contadores de la Contaduría mayor de Hacienda, á petición de Suárez Gasco, mandaron al licenciado Gaspar de Vallejo, juez de la Real Audiencia de los Grados en Sevilla, que requiriese á Cervantes para que se presentara en la corte á dar cuentas de los maravedises de su alcance, ó diese fianzas de que iría, y que, de no darlas, le prendiese y le hiciera conducir á la Cárcel real de la corte, hasta que por el Presidente y Contadores se proveyese otra cosa.

El licenciado Gaspar de Vallejo cumplió lo que se le prevenía, y no pudiendo lograr que diese fianza, metió en la cárcel de Sevilla á Miguel de Cervantes Saavedra.